

Re-nacimiento y re-encarnación

Por Ana María Schlüter, Kiun An

La creencia en la reencarnación es anterior a la aparición del budismo. Se trata de una idea que no es característica ni del budismo ni del zen, si bien es, por otra parte, muy común en India. A menudo se ha puesto de manifiesto su significado negativo y egocéntrico; ya sea como medio para alcanzar un renacimiento favorable en virtud de ciertos méritos, o como excusa para aceptar ciertas injusticias sociales, como por ejemplo la discriminación social basada en castas, y desentenderse de ellas.

En íntima conexión con la idea de la reencarnación está la del karma, entendido este como la ley inexorable del cosmos: según se actúe, así serán las consecuencias. La palabra “karma” significa propiamente ‘acción’, y de ahí pasa a ser también entendida como ‘consecuencias de la acción’. En la India pre-budista, el karma se refería a la acción o realización correcta de los sacrificios védicos, es decir, tenía un significado ritualista. El Buda Shakyamuni lo convirtió, cinco siglos antes de la era cristiana, en un principio moral.

Si bien la intuición del Buda fue revolucionaria, su auténtico significado pasa inadvertido, si el foco se pone en las consecuencias de la acción en lugar de ponerlo en la acción misma, lo que equivaldría a poner la carreta (la consecuencia) delante de los bueyes (la acción). Eso es lo que se hace cuando ante las dificultades de la vida uno alude a su “mal karma” como causa de ellas.

Muy al contrario, el karma debe ser entendido en clave de transformación personal. La persona es responsable de su acción. Puede transformarse y cambiar su situación, modificando aquello que motiva sus acciones, su manera habitual de pensar, sentir, actuar o reaccionar, lo que constituye el samskara. Esos modos, ese samskara, son lo que está en el origen del sufrimiento, de dukkha. A ello se refieren las “Cuatro Nobles Verdades”: 1) la verdad del sufrimiento, 2) la verdad del origen del sufrimiento, 3) la verdad de la superación del sufrimiento, 4) la verdad del (óctuple) camino que lleva a la superación del sufrimiento.

Karma bien entendido apela a la libertad,
implica una llamada a la responsabilidad;
lleva a la de-construcción del yo ilusorio y a la re-
construcción del verdadero yo auténtico.

Karma bien entendido lleva a la de-construcción del yo ilusorio y a la re-construcción del verdadero yo auténtico. Si en lugar de actuar desde los elementos venenosos –el odio, la codicia y el orgullo– que nos separan de los demás, se va funcionando de otra manera – con generosidad, amabilidad, sabiéndose interdependientes– probablemente el mundo también irá respondiendo de otra manera. Cuanto más auténtica sea la conexión con las demás personas, más inclinadas se sentirán ellas también a confiar y abrirse.

Las consecuencias kármicas se experimentan no solo a raíz de determinadas acciones concretas sino también como consecuencia de aquello que se ha llegado a ser. De la misma manera que el cuerpo va siendo lo que ingiere al comer, así la persona se va convirtiendo en lo que hace y lo que la motiva a actuar. La enseñanza budista del karma

es una enseñanza que, lejos de ser determinista, empodera y apela a la libertad y la responsabilidad.

Se encuentran referencias a esta creencia mitológica común en India en algunos koan del Denkoroku ('Crónica de la Transmisión de la Luz') que relatan los momentos de iluminación o despertar de los patriarcas a partir del Buda Shakyamuni. Sin embargo, lo característico, y en lo que se hace hincapié desde el punto de vista del zen, en las experiencias relatadas, por ejemplo en los Casos 17, 20, 21 y 26, es que trascienden esas creencias.

Así leemos en el Caso 21:

El vigésimo patriarca Kumorata dijo a Shayata, que iba a ser su sucesor como vigésimo primer patriarca: "Aún no tienes claro que el karma nace de la ilusión. La ilusión aparece debido a la conciencia. La conciencia depende del no-despertar. El no-despertar depende de la mente. La mente es intrínsecamente clara y pura, y en ella no hay ni vida ni muerte, ni acción ni consecuencias de la acción, ni victoria ni derrota. Es tranquila y silenciosa, es exquisita y sutil. Si pasas esta puerta del Dharma, a buen seguro vas a ser lo mismo que todos los budas. Todo bien y mal, todo hacer y no-hacer serán como un sueño y una ilusión."

Shayata, al oír esto, entendió estas palabras, cayó en la cuenta de su significado y penetró la sabiduría de vidas pasadas. (Es decir, cayó en la cuenta de lo que no nace ni muere.)

Esta creencia pre-budista en las reencarnaciones sucesivas también se ve reflejada en ciertas series de koan cuyos relatos son posteriores y se desarrollan en China; véase por ejemplo *Mumonkan 2*, *Hekiganroku 55* y *97*, *Shoyoroku 70*. Pero lo esencial siempre es trascender vida y muerte, así como cualquier idea acerca de ambas. Una de las "barreras" de Tosotsu, maestro zen chino del siglo XI, es: "¿A dónde vas después de haberse descompuesto tu cuerpo?" Naturalmente no espera una respuesta razonada referida al mundo de las cosas o fenoménico, sino una respuesta surgida de una experiencia profunda a nivel esencial.

David Loy, maestro zen y filósofo, en sus "Reflexiones sobre el karma y el renacimiento"¹ afirma: "Si hay algún tipo de vida después de la muerte, la forma que adopte se cuidará de sí misma, si hacemos lo que estamos llamados a hacer aquí y ahora."

Lo que importa en el zen, lo que le es propio, no es una determinada creencia en la reencarnación, sino caer en la cuenta de lo que no nace ni muere, y actualizarlo en la vida; actualizar lo que es vacío para los sentidos en todo lo que se hace, se ve, se oye o se toca; viviendo y muriendo. En otras palabras, se trata de actualizar el "vacío" en las múltiples "formas".

La transformación no se limita a la vida personal sino que repercute en la vida social. La persona que se deja guiar por el Espíritu no sabe de antemano a qué va a llevarla, como tampoco lo sabía Abrahán al salir de Ur de Caldea. Esta persona, obedeciendo a una

¹ DAVID LOY, *Un nuevo sendero budista*. Kairós, Barcelona 2016, capítulo final, que inspira buena parte de este artículo.

llamada interior, “inserta su esfuerzo en la verdadera y real profundidad de la acción divina que impulsa silenciosamente la Historia”².

Conviene distinguir entre re-encarnación y re-nacimiento.

Conviene distinguir entre re-encarnación y re-nacimiento. El re-nacimiento no implica volver a nacer con otro cuerpo de carne y hueso. ¿Quién re-nace entonces? Es evidente que al fallecer muere todo lo que es “forma” (tejidos, huesos, sentidos, etc.). Pero la naturaleza propia del ser humano no tiene forma, no puede morir; no es algo que nace y muere. Eso no-nacido no puede ser conocido racionalmente, solo puede ser experimentado. Se cae en la cuenta de eso en un momento de despertar o iluminación.

El “vacío” no muere. Sigue vivo, re-nace. También para el budista zen. ¿A qué viene si no seguir pidiendo ayuda y protección a maestros que han muerto hace tiempo? Keizan Zenji, el cuarto patriarca zen de Japón, escribe en su *Zazen Yôjinki* (‘Guía para la práctica del zazen’): “Cuando se quema incienso y se ofrecen flores, los protectores del Dharma, los budas y bodhisattvas, están presentes invisiblemente, brindando su protección.” Con budas y bodhisattvas, es decir seres iluminados llenos de compasión, se refiere a maestros y maestras zen de antaño, de quienes se tienen imágenes en el altar.

¿De qué manera se re-nace? No hay nadie, ni budista ni cristiano, que lo sepa o que se lo pueda imaginar. No cabe en ninguna comprensión humana. Los corintios le preguntaron al apóstol Pablo cómo era el cuerpo espiritual, re-nacido. Él les contestó: “Lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano, de trigo o de cualquier otra planta. (...) Cada semilla el suyo (...) En la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción (1 Co 15,37-38).

Es significativo que la conmemoración de los santos cristianos no se celebre en el aniversario de su nacimiento corporal sino en el día en que re-nacieron a una vida nueva, inimaginable, a la que no se muere nunca.

² FERNANDO URBINA, *Comentario a Noche oscura del espíritu y Subida del Monte Carmelo de San Juan de la Cruz*. Ed. Marova, Madrid 1982, 131.